11299

UN ARBOL TORCIDO.

COMEDIA EN TRES ACTOS

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. MAGIN VENANCIO.

Representada con estraordinario éxito la noche del 9 de Febrero, en el gran Teatro del Liceo de Barcelona.

VALENCIA.=1878.

Imp. de Juan Guix, Cavanilles, 3,
junto á la Universidad.

3

UN ARBOL TORCIDO.

COMEDIA EN TRES ACTOS

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. Magin Penancio.

Representada con estraordinario éxito la noche del 9 de Febrero, en el gran Teatro del Liceo de Barcelona.

VALENCIA.=1878.

Imp. de Juan Guix, Cavanilles, 3,

junto á la Universidad.

REPARTO.

Personajes.			Actores.
ELISA.	21	años.	Sra. Cirera.
MARIA.	28	»	» Pí.
JULIA.			» Abella.
EDUARDO.	28	»	Sr. Domingo.
D. PABLO.	56	»	» Mallí.
D. ZACARIAS.	50	»	» Gonzalez.
LUIS.	19	»	» Riutort.
FELIX.			» Cirera.
ANTONIO.			» Balaguer.
ROQUE.			» Biosca.

678090

Esta obra es propiedad del traductor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salon elegante con puerta al foro; otra en segundo término, derecha, y en igual término, izquierda. Balcon en primera izquierda, y chimenea en primera derecha. Alfombra, consolas al foro; dos veladores; en el de la derecha, bastidor y objetos de bordar; en el de la izquierda, libros, papel y escribanía. Butacas, sillas, portiers en las puertas laterales. En el forillo, mesa y reloj grande.

ESCENA PRIMERA.

ELISA, *bordando*; LUIS, *escribiendo. Cada uno en un velador.*

ELISA. Luis, qué haces?

LUIS. Estoy traduciendo un fragmento del Paraiso perdido, de Milton.

ELISA. A ver.

LUIS. El qué?

ELISA. La traduccion. Debe ser muy bonito ese pasaje que estás traduciendo.

LUIS. Regular nada mas.

ELISA. (*Que se ha acercado de puntillas, y lee por encima del hombro.*) (Angel mio. Mi bien!)

LUIS. Me gusta tu curiosidad.

ELISA. Dime, hermanito; ¿eso es del Paraiso perdido, de Milton, ó del Paraiso encontrado, de Luis de Sandoval?

LUIS. Vamos, basta de niñadas.

ELISA. El niño lo serás tú, que piensas ser un hombre, no siéndolo aun.

LUIS. Que aun no soy hombre? Por qué?

ELISA. Porque nuestro padre lo piensa así.

LUIS. Cá, mujer! Mira como hace más de un mes que despidió á D. Pantaleon.

ELISA. Tu preceptor, sí. Pero lo que tú no sabes, sin duda, es que buscan otro.

LUIS. Para mí?

ELISA. Para tí.

LUIS. Es posible!

ELISA. Ayer fué Antonio á llevar el anuncio á «La Correspondencia de España».

LUIS. Aquí la tengo.

ELISA. Pues busca el anuncio, que le hallarás seguramente.

LUIS. (*Leyendo el anuncio en la cuarta plana.*) «Una nodriza soltera...» No. «Medias para sacerdotes, de seda...» Tampoco... Eh!... aquí está. «Se necesita un ayo para un jóven de buena familia. La persona que reuna las cualidades necesarias, puede pasar por la calle de la Montera, número 73, principal.»

ELISA. Ya ves como no te he engañado.

LUIS. Esto es muy ridículo. Un ayo!... El que lo lea, pensará que tengo nueve ó diez años.

ELISA. Tranquilízate, no lo tomes así.

LUIS. Tranquilizarme? de ningun modo. Voy en busca de papá, y te aseguro...

ELISA. No podrás hablarle ahora.

LUIS. Por qué?

ELISA. Porque está encerrado en su despacho desde que leyó una carta que ha recibido esta mañana y que le ha preocupado mucho.

LUIS. Qué será?...

ANT. (*Dentro.*) Al instante, señor.

ELISA. Aquí viene Antonio y podremos averiguar... Antonio!

ANT. Señorita!...

ELISA. ¿Para qué le ha llamado á usted, papá, á su despacho?

ANT. Para decirme que le prepare la maleta, pues se marcha hoy mismo.

ELISA. Qué se marcha! A dónde?

ANT. No me lo ha dicho, señorita.

ELISA. Voy á verle.

ANT. Al darme la órden salió hácia el cuarto de la señora.

ELISA. Vienes, Luis?

LUIS. Sí, te sigo. (*A Antonio.*) Toma, Antonio, esta esquelita; ya sabes...

ANT. Sí señor.

ELISA. Vamos?...

LUIS. Te sigo, hermanita. (*Vanse.*)

ANT. (*Leyendo el sobre.*) «Para doña Julia Sierra.» Es la centésima, por lo menos, de que soy portador en lo que va de mes.

ESCENA II.

ANTONIO, EDUARDO.

EDUA. El señor de Sandoval?

ANT. Está ocupado en este momento.

EDUA. Entonces... esperaré á que concluya.

ANT. Es que no está visible.

EDUA. Por eso no le veo. Pero le veré cuando lo esté.

ANT. Como usted guste, y si quiere decirme su nombre, puedo anunciarle.

EDUA. Es inútil, porque no me conoce.

ANT. No obstante, es la costumbre...

EDUA. Bueno, pues anuncie usted... á Juan, Pedro, Diego... En fin, á quien usted quiera.

ANT. Pero, caballero...

EDUA. Nada, nada; haga usted lo que se le dice, y basta de esplicaciones.

ANT. Bien, no se enfade usted. (*Aparte.*) Qué hombre tan original. (*Vase.*)

EDUA. Es particular. Esta sala no se diferencia de las demás... ni los muebles tampoco... son cómodos y elegantes... En fin, nada veo que revele la monomanía y la estravagancia... Es part...

ANT. El amo manda que le aguarde usted aquí. (*Vase.*)

EDUA. Este criado es imbécil y grosero como todos los criados... Vamos, voy creyendo que me he engañado, y me dan tentaciones de marcharme.

ESCENA III.

EDUARDO, FELIX.

FELIX. (*Al foro.*) Bueno, esperaré.

EDUA. Yo conozco esa voz.

FELIX. Eduardo. Chico, ¿qué buscas en esta casa?

EDUA. Y tú?

FELIX. Hombre, yo soy amigo íntimo.

EDUA. Dispénsame entonces que no forme de ella la mejor opinion.

FELIX. Pues haces mal, porque es una familia distinguida.

EDUA. Por su originalidad, eh?

FELIX. No por cierto. El dueño de esta casa es un hombre de buen tono, de trato cariñoso y sencillo. Que da bailes, banquetes, y posee, además de una escelente bodega, una renta de veinte mil duros.

EDUA. Y qué familia tiene?

FELIX. Dos hijos y una mujer divina, voluptuosa y algo coqueta.

EDUA. Y qué edad tiene?

FELIX. Unos veintiocho años.

EDUA. Los niños estarán en el colegio?

FELIX. No... El hijo tiene ya 19 años; guapo chico, algo sencillo y cándido, lleno de ilusiones... pero ya las perderá... En cuanto á la hija, es lindísima, espiritual, impresionable como una sensitiva.

EDUA Bueno! Es decir, que el caballero Sandoval está casado en segundas nupcias.

FELIX. Desde hace cuatro años.

EDUA. Adios, Félix.

FELIX. Te vas?

EDUA. Puesto que el señor Sandoval se asemeja á todos los otros mártires, estoy aquí de sobra.

FELIX. No te comprendo.

EDUA. En primer lugar sabrás que solo he venido á esta casa para hacer que me arrojen de ella.

FELIX. Que te arrojen...

EDUA. Sí señor, que me planten en la calle... así como suena.

FELIX. Chico, si no te esplicas...

EDUA. Me esplicaré. Hace tiempo que llevo una vida tan sumamente monótona, que conozco se va apoderando de mi ánimo el aristocrático *splen* de los ingleses. Nada me conmueve ni me distrae. Aburrido anoche, como de costumbre, hojeaba la competente, y en la cuarta plana tropecé con un anuncio muy estravagante.

FELIX. Tú lees los anuncios de «¿La Correspondencia?» Te admiro!...

EDUA. Pues no lo tomes á broma, suelo sacar de

ellos mucha mas utilidad que de ciertos libros que en forma de novela nos ofrecen algunos escritores. La seccion de anuncios es un cuadro de costumbres, una verdadera caricatura de nuestra ridícula sociedad. En ellos no hay frases ni teorías; hechos y nada mas. Las miserias de la humanidad, sus dolores, sus aspiraciones, todo lo encuentras reunido; allí, allí verás la esperanza del jornalero sin trabajo; la providencia del niño que tiene sed, y de la nodriza que tiene hambre; la trompeta del charlatan que encarece su mercancía ó su invento, y que mediante una corta retribucion hace llegar á la posteridad su nombre, su estilo y hasta las señas de su casa.

FELIX. Mirado bajo ese punto de vista, tienes razon, pero...

EDUA. Prosigo: hojeando estaba, como de costumbre, los referidos anuncios, cuando topé con el siguiente: «Se necesita un ayo para un jóven de buena familia. Darán razon en casa del Sr. Sandoval, calle de la Montera, 73, principal.» La frase se necesita un ayo, me pareció tan estraña en este siglo, que esclamé: ¡ya encontré lo que necesitaba! Vamos á ver al señor de Sandoval, que debe ser un tipo raro. Gastará zapatillas de orillo; tomará rapé; usará baston con puño de cuerno, y rezará el rosario en familia todas las noches, antes de meterse en la cama.

FELIX. Vamos, entiendo; tú creias reirte de un ente ridículo, y te has encontrado con... já... já...

EDUA. Sí, hombre, sí; pero no te rias.

FELIX. Es que me hace gracia tu equivocacion.

EDUA. Pues á mí, maldita. Me ha robado una emocion. Vaya, adios.

ESCENA IV.

Dichos; SANDOVAL.

SAND. Buenos dias, D. Félix. (*Con frialdad.*) ¿Es usted, sin duda, la persona que me busca? (*A Eduardo.*)

EDUA. Yo...

FELIX. Efectivamente, en este momento me decia este caballero que esperaba á usted.

EDUA. (Qué estúpido!)

SAND. Ruego á usted me disimule por haberle hecho esperar, pero debiendo ausentarme hoy precisamente...

EDUA. Entiendo, no puede usted escucharme, y yo me guardaré muy bien de ser molesto...

SAND. De ninguna manera. Soy al momento con usted.

EDUA. (Pues señor, este hombre no tiene nada de particular.)

SAND. (*Friamente.*) D. Félix, la visita de usted no será dedicada á mí ciertamente... En el salon hallará usted á mi familia.

FELIX. Pues si me da usted su permiso... Hasta luego, señores.

SAND. Hasta luego.

ESCENA V.

EDUARDO, SANDOVAL.

EDUA. (No gasta zapatos de orillo... Ya siento haber venido.)

SAND. Dígnese usted tomar asiento y dígame en qué puedo servirle.

EDUA. Caballero, me trae á esta casa un anuncio que he visto inserto en «La Correspondencia». ¿Es usted la persona que busca un ayo?

SAND. Se sonrie usted? Yo mismo soy! El medio de que me he valido es el mas ingenioso. Suponga usted que hago el encargo á uno de mis amigos; este lo cumple, y me presenta efectivamente el ayo, y sea bueno ó malo, me veo obligado á aceptarle, so pena de disgustar al amigo. Ya comprenderá usted que eso no me conviene. Al paso que recurriendo á un anuncio, puedo examinar á mi gusto al solicitante y admitirle ó desecharle, segun me parezca.

EDUA Eso está muy bien pensado. (Hagámonos desechar pronto.) Pues bien, señor mio; yo vengo á ofrecer á usted mis servicios.

SAND. Jamás lo hubiera creido... ni su edad... ni su porte...

EDUA. No hablemos de mi porte ni de mi edad. Tengo 28 años, y estoy muy bien portado. Hablemos de mis cualidades.

SAND. Siempre que sean buenas...

EDUA. Usted juzgará...

SAND. Me hace usted el favor de enumerarlas?

EDUA. Al momento. Aquí donde usted me ve, monto á caballo como un árabe; tiro al sable como el zuavo; la pistola como...

SAND. Pero qué dice usted?...

SAND. Permítame usted, que aun no he concluido. Juego al billar como Espino; conozco las mujeres como el difunto D. Juan Tenorio; bailo como Mendez y salto como Leotar.

SAND. Que salta usted! (*Con asombro.*)

EDUA. Como el mismo Leotar ó los hermanos Rizarelli.

SAND. Muy bien, caballero. Admiro tantas buenas cualidades reunidas en un solo hombre; pero debo confesar á usted que... no es eso... lo que yo deseaba.

EDUA. Entonces...

SAND. Por otra parte, no digo... que...

EDUA. (No sabe cómo despedirme.) Vamos, veo que no convengo á usted, y...
(*Movimiento para retirarse.*)

SAND. Quién sabe si... mas adelante... lo pensaré. Y si usted gusta dejarme las señas de su habitacion ..

EDUA. Eso con mil amores. Aquí tiene usted mi tarjeta. (*Dándosela.*)

SAND. (*Leyendo.*) Eduardo Aguilar. (Cómo!)

EDUA. Celebro haber tenido la ocasion de...
(*Despidiéndose.*)

SAND. Permítame usted un momento.

EDUA. Qué! Se arrepiente usted?

SAND. Yo diré á usted. Estoy pensando que las raras cualidades que usted posee, están muy lejos de ser inútiles. La esgrima, la equitacion, son elementos muy necesarios para... Sabe usted nadar?

EDUA. (Quiere atraparme.) Como madama Lurline.

SAND. Dibuja usted?

EDUA. Al natural... con una máquina fotográfica.

SAND. Y es usted músico?

EDUA. Toco el bombo y el violon.

SAND. El instrumento que mejor imita la voz del hombre...

EDUA. Sí señor, cuando está acatarrado.

SAND. Talento y buen humor; pues señor, es mas de lo que yo necesito.

EDUA. Qué dice usted!... (*Asombrado.*)

SAND. Que me conviene usted por todos conceptos.

EDUA. Que le convengo á usted?

SAND. Por todos conceptos, sí señor.

EDUA. (Pues señor, siga la broma.) Perdone usted, caballero; pero antes de aceptar un cargo de tanta confianza y responsabilidad como lo es el de ayo, un hombre de honor debe darse á conocer completamente.

SAND. Esa observacion revela ya un corazon leal.

EDUA. Tengo que confesar á usted que mi educacion moral é intelectual no ha sido algun tanto libre, filosófica.

SAND. Con inteligencia y rectitud de conciencia, eso no es un defecto.

EDUA. Es preciso que usted sepa además que he llevado hasta ahora la vida mas loca y disipada que puede imaginarse.

SAND. Perfectamente!...

EDUA. Que he jugado... hasta la camisa...

SAND. Muy bien; y qué?

EDUA. Y siempre he perdido.

SAND. Mejor que mejor. Continúe usted.

EDUA Que he tenido seis desafíos... y he salido herido en los seis... y por último, he tenido veinte queridas, he derrochado con ellas cuatro herencias,.. y con todos estos antecedentes tengo el honor de...

SAND. (*Deteniéndole.*) Un momento, amigo mio.

EDUA. (*Asombrado.*) Qué! ¿No le asusta á usted todo esto?

SAND. Al contrario.

EDUA. Sin embargo... hace un momento...

SAND. Hace un momento le tomé á usted por un bromista; pero poco á poco he comprendido la profundidad de sus palabras.

EDUA. La profundidad de...

SAND. Indudablemente se ha dicho usted: á un jóven que sale del colegio, para nada le sirve el griego ni el latin... lo que nece-

sita es la ciencia del mundo, el trato, y se ha presentado usted con todos esos requisitos. Lo que necesita ese jóven es dirigir diestramente la carrera de un caballo, la punta de una espada, ó el cañon de una pistola... y yo deseo que mi hijo sepa todo eso, hasta boxear si es preciso, porque al fin y al cabo, no puede uno batirse en duelo con cierta gente, y es bueno á veces valerse de las armas que nos dió la naturaleza.

EDUA. (Qué está diciendo este hombre?)

SAND. Vea usted cómo le he comprendido. Y lo que mas me decide á aceptar sus servicios, es el conocimiento que usted tiene de las cosas del mundo.

EDUA. Pero no teme usted?...

SAND. Su pasado? De ningun modo! Así podrá preservar á mi hijo de los peligros que puedan ofrecérsele, de los escollos en que usted ha tropezado. Libertino, jugador y duelista... pero engañado, arruinado y acuchillado, predicará usted mejor que nadie la moderacion, la prudencia y la economía; y cuando en apoyo de sus consejos enseñe usted á mi hijo su pecho lleno de cicatrices, su bolsillo y su corazon vacíos de dinero y de ilusiones... no podrá menos de creerle, ¿no es verdad, caballero?

EDUA. Efectivamente, que...

SAND. Ya ve usted que le he comprendido perfectamente.

EDUA. (Pues señor, he venido por lana y salgo trasquilado.)

SAND. Ahora debo decir á usted que dentro de una hora salgo para Valladolid (*Eduardo hace un estremecimiento.*) ¿Conoce usted esa poblacion?

EDUA. Bastante; allí viven mi padre y mi hermana. Yo hace seis años que salí de allí.

SAND. (No me habia engañado.) Voy, pues, á Valladolid, donde permaneceré quince ó veinte dias, y me alegraria en estremo dejar aquí una persona que dignamente me sustituyese en mi ausencia.

EDUA. Yo, caballero?

SAND. Usted.

EDUA. Vamos claros, Sr. Sandoval; usted tiene

alguna razon para proceder así... porque, en fin, no es natural que á una persona á quien apenas conoce...

SAND. Efectivamente, tengo una, Sr. de Aguilar.

EDUA. Cuál?

SAND. Es inútil que usted la sepa si no acepta; y si acepta usted, la sabrá una hora despues de mi marcha.

EDUA. Cómo!...

ANT. (*Entrando.*) Señor!...

SAND. Qué ocurre?

ANT. (*Aparte á Sandoval.*) D. Zacarías quiere absolutamente hablar con usted.

SAND. (Otra vez ese hombre. Házle entrar por el corredor en mi despacho.) Sr. Aguilar, me veo obligado á dejar á usted por un momento, que le ruego emplee en reflexionar si le conviene mi proposicion.

ESCENA VI.

EDUARDO.

EDUA. ¡Y yo que me lo imaginaba un ente ridículo! Está visto; quise divertirme á costa del señor de Sandoval, y es él el que se ha divertido á costa mia. Pues señor, lo que ahora debo hacer es aprovechar la leccion y... (*Va á salir y se detiene.*) Sin embargo, ese motivo que dice tener... aquí hay misterio.

FELIX. Estoy á los pies de usted.

MARIA. (*Al paño.*) Hasta luego.

FELIX. (*Idem.*) Hasta luego.

EDUA. Félix aquí todavía!... Parece que hace largas visitas á la señora de Sandoval... Seria acaso... Vamos á saberlo.

ESCENA VII.

EDUARDO, FÉLIX.

FELIX. Aun estás aquí, Eduardo?

EDUA. Ya lo ves.

FELIX. ¿No has conseguido que te planten en la calle?

EDUA. En la calle? Sí, de eso se trata! Amigo mio; estoy nombrado...

FELIX. El qué?

EDUA. Ayo del chico.

FELIX. Tú! va... va... va!...

EDUA. Cómo va... va... va!... Lo que te digo.

FELIX. Pero tú habrás rehusado!

EDUA. Todavía no... estoy vacilando...

FELIX. Te chanceas?

EDUA. No por cierto... como tú me has hablado de una jóven coqueta... novelesca... creo que...

FELIX. Qué, ¿tratas de hacer la corte á la señora de Sandoval?

EDUA. Puede ser.

FELIX. Eh!... mira, no gastes bromas en este asunto.

EDUA. A tí que te importa?

FELIX. A mí? Nada, absolutamente... Pero el señor Sandoval es mi amigo, y...

EDUA. Amigo, tú, de un hombre que tiene una mujer jóven y bonita?

FELIX. Y por qué no?

EDUA. Ah! vamos, te dedicas á la hija...

FELIX. Mucho menos.

EDUA. Palabra de honor?

FELIX. Palabra de honor.

EDUA. Puesto que no me haces la competencia... entonces bien puedo aspirar...

FELIX. Hola! Piensas en la hija? Pero yo creia que no te gustaban las bajas.

EDUA. (Parece que es baja.) Chico, me muero por ellas; sobre todo cuando poseen como... (Diablo! no sé su nombre.) Como ella... un talle... una gracia... una donosura... Qué te parece su talle?

FELIX. Divino.

EDUA. Y unos ojos... qué ojos, eh?

FELIX. Hechiceros.

EDUA. En cuanto á su edad... todo lo mas que puede tener, son unos...

FELIX. Veintiun años.

EDUA. Pues mira, representa mas... De todos modos, es encantadora. El nombre es el que no me acaba de gustar.

FELIX. Hombre, no es feo. Elisa! A mí me suena bien.

EDUA. Pst. Elisa. Elisa... Ya me iré acostumbrando.

FELIX. Tunanton!... Ahora voy comprendiendo...

EDUA. Con que me comprendes, eh?

FELIX. Ya lo creo! Necesitabas un pretesto para introducirte en esta casa, y te has valido del anuncio...

EDUA. Exactamente; has dado en el quid. Con que alianza ofensiva y defensiva. Traicion por traicion, y apoyo por apoyo. Si dices quién soy, digo quién eres y descubro tu secreto. Pero si me sirves con el Sr. Sandoval, yo te serviré con su mujer... ¿Te acomoda?

FELIX. Perfectamente.

EDUA. Hola! Confiesas al fin?

FELIX. Qué hemos de hacer?

EDUA. Y el asunto está en buen camino? ¿Ha pasado del terreno platónico?

FELIX. Hasta ahora no he pasado del capítulo de las ilusiones.

EDUA. Con que hasta ahora?

FELIX. Te lo juro; pero el marido va á hacer un viaje... y ya comprendes que durante su ausencia...

EDUA. Pero la señora de Sandoval, te ha dado esperanzas?

FELIX. La señora de Sandoval es una jóven sacrificada, y yo soy el primer hombre que ha hablado á su corazon.

EDUA. Cómo sacrificada!...

FELIX. A la muerte de su padre y por obedecer su postrera voluntad, dió su mano al señor Sandoval; jamás ha conocido la sublimidad del amor. Unida á un hombre que la dobla la edad, y que al presentarla en sociedad, todos creen sea hermana de sus hijos políticos; los elogios que de todos recibe, escepto de su esposo, forman en su cabeza un laberinto, en el que yo pretendo penetrar.

EDUA. Magnífico. Pero ahora que me acuerdo... Y Julia... la divina Julia, que te hizo firmar hace tres meses una promesa de matrimonio, en recompensa de...

FELIX. Calla, hombre!... Si hemos tronado para siempre.

EDUA. Pues, cómo?

FELIX. Ha sido un golpe maestro! Le administré la homeopatía... y á estas horas está enamorada locamente del hijo del señor de Sandoval. Yo los puse en relaciones... Era el modo de hacerme presentar en esta

casa por el chico y desembarazarme de la otra... qué alhaja!...

EDUA. El medio es ingenioso. (Habrá bergante!)

FELIX. Pero lo divertido es, que he hecho creer al chico que Julia es la misma virtud, una casta é impecable Susana... Así es, que la ama... como el que se enamora por primera vez.

EDUA. Es chistoso. (Tunante!)

FELIX. Pero me detengo demasiado, y no es conveniente nos vean juntos. Con que cuento contigo!

EDUA. Hemos de ser en lo sucesivo Pílades y Orestes.

FELIX. Adios, Eduardo; hasta la vista. (*Vase.*)

EDUA. Adios. Con que este pícaro quiere aprovechar la ausencia del Sr. Sandoval para seducir á su esposa, ya que ha conseguido pervertir al hijo; pero esto seria infame, y yo no debo consentirlo.

ESCENA VIII.

EDUARDO, ELISA.

ELISA. (*Saliendo.*) Dios mio! (*Viendo á Eduardo.*) Ah!... Caballero!...

EDUA. Qué tiene usted, señorita?

ELISA. Yo?... nada...

EDUA. Oh!... perdone usted; la sorpresa de usted es natural; usted no me conoce y le pareceré tal vez indiscreto; tiene usted razon. Soy D. Eduardo Aguilar, futuro ayo... (Veintiun años, talle hechicero; ella debe ser.) Futuro ayo de su señor hermano.

ELISA. Usted, caballero? (*Sorprendida.*)

EDUA. Se sorprende usted?

ELISA. Es natural; yo creia que todos los ayos eran viejos, feos y ridículos.

EDUA. Por qué?

ELISA. Porque D. Pantaleon, el antecesor de usted, era todo eso... y usted muy al contrario... (Pero qué estoy diciendo?) Usted disimule... quise decir que... además, aunque usted no parezca lo que dice ser, como tampoco tiene nada de humillante...

EDUA. (Es seductora.) Tiene usted razon, y aho-

ra que ya sabe usted quién soy, ¿se dignará decirme la causa de su emocion?

ELISA. Tal vez me haya alarmado sin motivo... pero al pasar por la puerta del despacho de papá, le he oido hablar en tono irritado á D. Zacarías.

EDUA. D. Zacarías?

ELISA. Le conoce usted?

EDUA. Conozco uno de ese nombre, de regular estatura, pálido, de cincuenta años de edad, voz dulce y reposada...

ELISA. El mismo, sí señor.

EDUA. Es visita de la casa?

ELISA. Viene todos los meses. Ahora está hablando con papá... pero no tiene mal génio, verdad?...

EDUA. Tranquilícese usted; D. Zacarías no es capaz de reñir con nadie.

ELISA. Siendo así... pero usted perdone que le deje; mi mamá me está esperando, y voy... si usted me da su permiso...

EDUA. Usted lo tiene, señorita.

ELISA. (*Yéndose.*) (Es muy simpático.) Caballero... (Muy simpático.)

ESCENA IX.

EDUARDO.

A fé mia que me gusta la chica; ¡qué sencillez!... qué dulzura!... ¿Pero qué significa la presencia en esta casa de D. Zacarías, el usurero más bribon y más taimado que he conocido? Porque es él, no tiene duda. (*Mirando á todas partes.*) No hay nadie... y yo desearia averiguar... Ah!... detrás de este portier puedo oir... (*Se acerca á la puerta de la derecha; se pone á escuchar, y dice despues de una pausa.*) Está hablando el señor de Sandoval. Le llama infame y miserable; veo que le ha conocido. Ahora habla D. Zacarías; dice: «Además de la pension que me paga usted todos los meses, necesito ahora mismo doce mil reales... ó si no... (*Baja al proscenio.*) Qué es lo que he oido? El señor de Sandoval pagando á D. Zacarías

mensualmente una pension!... Aquí debe haber algo grave... algun secreto... que yo descubriré.

ESCENA X.

EDUARDO, D. ZACARÍAS.

ZAC. (*Al paño.*) Miles de gracias, y beso á usted la mano.

EDUA Ha pagado por lo visto.

ZAC. (Me ha costado un triunfo! Está de pésimo humor; pero con mi método le he hecho aflojar la mosca.)

EDUA. (*Dándole en el hombro.*) Buenos dias, insigne D. Zacarías.

ZAC. Oh! El Sr. D. Eduardo!...

EDUA. El mismo que viste y calza.

ZAC. Conoce usted al Sr. Sandoval?

EDUA. Un poco... y usted?...

ZAC. Yo le trato hace diez años.

EDUA. Ajá. Y qué tal los negocios?

ZAC. Pésimamente, amigo mio. El crédito anda perdido, y los hombres de bien sufren mucho con estas cosas.

EDUA. Por eso está usted tan saludable.

ZAC. Burlon. Y á propósito, me alegro infinito encontrar á usted.

EDUA. Por qué?

ZAC. No debe usted haber olvidado que me debe todavía cuatro mil reales.

EDUA. Eh! Una bicoca. Ya hablaremos de eso.

ZAC. Cuándo?

EDUA. Dentro de unos dias.

ZAC. Y en dónde? Porque como nunca puedo saber...

EDUA. En este mismo sitio... el dia en que vuelva usted para cobrar su pension.

ZAC. (*Con estrañeza.*) Cómo! Usted sabe?

EDUA. Yo lo sé todo.

ZAC. Pero deseo que usted me esplique...

EDUA. Señor mio, detesto la curiosidad.

ZAC. Vamos, bien; no se incomode usted. (Que el diable me lleve si entiendo una palabra). Adios. (*Vase.*)

EDUA. Hola, hola!... Con que por lo visto, don Zacarías se propone saquear esta casa. Pues bien, señor tunante; aquí estoy yo,

y nos veremos las caras. ¿Pero me quedo en esta casa, ó no me quedo? Bien mirado, por qué no he de quedarme? Será divertido... y por otra parte, no tengo cosa mejor en que ocuparme... Así, pues, adelante.

ESCENA XI.

EDUARDO, SANDOVAL.

SAND. (*Saliendo.*) Y bien, caballero; ¿ha reflexionado usted?

EDUA. Sí señor... Y debo confesar á usted que me hallo dispuesto...

SAND. (*Tocando un timbre.*) Muy bien. Ya he dicho á usted que voy á marchar por unos dias, y en mi ausencia será usted el jefe de la familia, tal es la confianza que me inspira. (*A Antonio, que sale.*) Dí á la señora y á mis hijos que vengan.

EDUA. Pero permítame usted...

SAND. De honorarios no hemos de hablar. No es usted de aquellos hombres que se pagan con un salario. Usted es un amigo á quien confio mis intereses y mi honor.

EDUA. Señor de Sandoval, tanta confianza me llena de orgullo, al par que conmueve mi corazon. Conozco que lo que me ha faltado hasta ahora, es un gran deber que cumplir, una noble mision como la que acaba de confiarme. Hasta los veinte años, mi padre no me enseñó otra cosa que respetarle, siendo tratado siempre como un niño. Cuando pudo hacerme su amigo, me convirtió en una especie de dependiente, de un criado! Me señaló un sueldo, y contraje deudas! Despues marchó á América, dejando á un mayordomo al frente de su fortuna, y yo saqueé la casa de acuerdo con el señor mayordomo. Pero hoy que se apela á mi lealtad, á mi inteligencia, á mi honradez, conozco que he sido el *árbol torcido*, que hasta ahora ninguna mano se habia cuidado de enderezar.

SAND. Muy bien... veo que no me habia equivocado.

ESCENA XII.

Los mismos; ELISA, MARIA, LUIS, ANTONIO.

MARIA. Nos has mandado venir?

SAND. Sí. María, hijos mios; os presento á don Eduardo Aguilar, que desde este momento será el ayo de Luis, y el jefe de la familia durante mi ausencia.

MARIA. Pues y tu apoderado?

SAND. Mi apoderado no puede intervenir en los asuntos domésticos. (*Aparte á Maria.*) Y si algun dia el Sr. D. Eélix formara un juicio equivocado de los sentimientos que le profesas, en Eduardo hallarás un apoyo para ponerle á raya.

MARIA. (Yo no necesito apoyo ninguno.)

SAND. (Celebraré que así sea.) Antonio. Ya lo has oido. Obedecerás á este caballero como á mí mismo, y harás conocer esta órden á los demás criados. (*Vase Antonio.*) Señor de Aguilar, necesito hacer algunos preparativos; dejo á usted con su discípulo. Antes de marchar nos veremos. Vamos.

ELISA. (*Bajo á María.*) Es muy simpático, verdad?

MARIA. A mí no me lo parece tanto. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

EDUARDO, LUIS.

EDUA. Escelente fisonomía; mirada fránca y leal.

LUIS. (Mi preceptor tiene un aire que me carga.)

EDUA. Siéntese usted, jóven.

LUIS. Va usted á examinarme? Sobre esta mesa tengo á Virgilio Homero... Vallejo...

EDUA. Deje usted esos libros que no entiendo, y dígame con franqueza qué vino le gusta á usted mas, el Jerez ó el Champagne?

LUIS. (*Aturdido.*) Cómo?

EDUA. Le pregunto á usted, qué vino le gusta mas, si el Champagne ó el Jerez.

LUIS. Pues... me gusta mas el Champagne.

EDUA. Estaba seguro. A esa edad todos somos lo

mismo. Pero ha de saber usted, amigo mio, que el Champagne es enervante, espasmódico é indigesto. Al contrario, el Jerez, es un vino estomacal y tónico en primer grado. Siga usted mi consejo; en adelante no beba usted nunca Champagne; Jerez, siempre Jerez.

LUIS. Pero, señor... verdaderamente no comprendo...

EDUA. ¿Le hago á usted el efecto de un pedagogo impertinente? Entonces veo que no me conoce, y lo siento. Pero pronto nos entenderemos. Fuma usted?

LUIS. Sí, á escondidas de papá.

EDUA. Muy mal hecho. O no se fuma, ó debe saberlo papá. ¿Para qué ocultarle una cosa tan natural? Vaya, ahí va un cigarro seco y arrugado como un maestro de escuela... es una breva...

LUIS. (Creo que me iré acostumbrando.)

EDUA. Ahora charlemos un rato.

LUIS. Como usted quiera.

EDUA. Cuando dos personas han de vivir bajo el mismo techo, es conveniente que se conozcan. Por mi parte va usted á saber en pocas palabras quién soy. Un hombre que se siente capaz de amar á usted como á un hermano... bueno, si usted es franco con él; inaguantable, si usted trata de engañarle. Elija usted.

LUIS. Elijo lo primero.

EDUA. Perfectamente. Déme usted esa mano. Qué edad tiene usted?

LUIS. Diez y nueve años.

EDUA. Y cuántos amigos?

LUIS. Diez ó doce.

EDUA. Hablo de los íntimos.

LUIS. Dos.

EDUA. Es usted afortunado. Yo, aquí donde usted me ve, tengo diez años mas que usted, y no he podido encontrar uno solo.

LUIS. Pues yo creo...

EDUA. Y quiénes son esos amigos?

LUIS. Uno, el marquesito del Aguila... tiene veinte años, y quince mil duros de renta. Me distingue, y yo le aprecio...

EDUA. Dispénseme usted, pero... ¿cuánto le pasa á usted su señor padre para sus gastos particulares?

LUIS. Veinticinco duros mensuales.

EDUA. Quinientos reales al mes, y cuenta usted con un amigo que tiene quince mil duros de renta? Hé ahí una amistad imposible.

LUIS. Cómo?

EDUA. Sin duda. O participa usted de sus placeres, ó no participa de ellos! Si participa, el marquesito paga por usted, y esto es humillante... ó por no hacer un papel ridículo, contrae usted deudas, y esto es perjudicial. Si no participa, envidia usted aun, á pesar suyo, la suerte de su amigo, y de la envidia al odio, no hay mas que un paso. Será preciso borrar á ese amigo de la lista. Veamos el segundo.

LUIS. Oh! el otro ya es harina de otro costal. Se llama Félix Martinez, y es un guapo chico.

EDUA. Le conozco. Ese es el reverso del otro; no tiene un cuarto.

LUIS. Y qué?

EDUA. Que ocupa respecto de usted la misma posicion, que usted respecto al marqués. ¿A que le debe á usted dinero?

LUIS. Sí, pero...

EDUA. Ya lo sabia yo. Pasemos ahora á las mujeres.

LUIS. A las mujeres?...

EDUA. Sí... porque es natural que un jóven como usted, de buena figura, no dejará de tener tres ó cuatro chicas.

LUIS. No, no tengo mas que una.

EDUA. (Vamos.)

LUIS. Una sola, á quien idolatro!

EDUA. Y cuál es su nombre?

LUIS. Si me promete usted guardarme el secreto...

EDUA. Desde luego.

LUIS. Se llama... Julia Ortiz.

EDUA. Hola!

LUIS. La conoce usted, por ventura?

EDUA. No.

LUIS. Es la mujer mas hermosa de Madrid; buena, graciosa, sencilla...

EDUA. Ya, ya...

LUIS. Félix fué quien me presentó en su casa. Me enamoré de ella, y fuí correspondido. La he jurado casarme, y hoy me hace el mas feliz de los hombres.

EDUA. Muy bien! Y es rica esa señora?

LUIS. No lo sé... pero viste con lujo y tiene una magnífica habitacion.

EDUA. Y la procedencia de esa fortuna?...

FELIX. La ignoro.

EDUA. ¿Usted la acompañará á los paseos, á los teatros?...

LUIS. Siempre que puedo. Me halaga tanto ver que todos la admiran y envidian mi dicha!...

EDUA. Ah!... sí; lo comprendo... pero usted no se ha parado á meditar una cosa, y es que la gente es á veces maliciosa... empieza á cavilar de dónde viene todo ese lujo, y si no da pronto con su orígen, dice: «Es una meretriz!» Aun va mas lejos. Al verle á usted contínuamente en su palco, en su coche, en su misma casa, añade: «Ese es su amante.» Pero no falta quien diga: «Si no tiene una peseta.» Y la gente replica: «Entonces hay otro en puerta.»

LUIS. Eso es horroroso!

EDUA. Qué quiere usted. ¡Hay tan malas lenguas en el mundo!...

LUIS. Pero, y las pruebas?

EDUA. El mundo condena por lo que aparece, y no se mete á investigar mas.

LUIS. Eso no es bastante, señor mio!

EDUA. (La píldora hizo su efecto.)

ANT. (*Saliendo.*) El señor va á subir al coche para ir á la estacion, y desea que usted le acompañe. (*A Luis.*)

LUIS. Voy en seguida. (*Vase.*)

EDUA. Y yo á despedirle.

ANT. Me ha entregado esta carta para usted. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EDUARDO.

Una carta!... Debe ser la esplicacion de su estraña conducta conmigo. Veamos. (*Abre la carta.*) La letra de mi padre. Qué significa esto? «Querido amigo.» Su amigo! «Estoy muy delicado, muy achacoso, y me siento desfallecer por momentos. Deseo verte antes de morir. Tengo un hijó,

ya lo sabes, que ha acibarado los últimos años de mi existencia. Deseo recomendarte que veles por ese hijo pródigo, que le tiendas una mano bienhechora, si es que su honor no ha caido en el abismo que ha devorado su fortuna y su amor filial. Ven, pues, si no has dado al olvido á tu amigo de la infancia. Francisco Aguilar.» (*Despues de una pequeña pausa.*) Oh! ahora lo comprendo todo. Desde que leyó mi tarjeta, me conocia. Estoy decidido! Me quedo en esta casa. (*Alzando la cabeza.*). Quién sabe si despues de haber sido un demonio, Dios me destina el papel de ángel custodio para con esta familia.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon con velador en el centro; escribanía, papel y timbre; sillones á sus lados; alfombra; arañas encendidas; consolas con espejos; sillas y cortinas de lujo. La puerta de la derecha conduce al gabinete de Eduardo; la de la izquierda, al de Elisa. Al levantarse el telon, salen Roque y Antonio.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO, ROQUE.

ANT. Está todo arreglado?

ROQUE. Todo.

ANT. Las bujías? (*Se sienta en una butaca.*)

ROQUE. Encendidas. (*Se sienta en otra.*)

ANT. Las sillas?

ROQUE. Al rededor del salon.

ANT. Los tapices?...

ROQUE. Colgados y dispuestas las colgaduras.

ANT. Qué molido estoy!...

ROQUE. Y yo.

ANT. Apenas nos trae revueltos ese maldecido ayo. Un dia un thé, otro una comida, mas tarde un concierto... Ya no le faltaba mas que un baile, y esta noche le ofrece...

ROQUE. Dice que con el objeto de educar á su discípulo.

ANT. Lo que hace es pervertirlo.

ROQUE. Y á nosotros, cómo nos trata!... Siempre de acá para allá, espiándonos y vigilándonos siempre. Esto es para consumir la paciencia de...

ANT. Y al fin y á la postre, él no es mas que un criado como nosotros. Le pagan como á tí y como á mí.

ROQUE. Pues es claro.

ANT. A la primera que nos haga, ya verás como yo le digo...

ROQUE. Y yo tambien.

ANT. Porque no te figures que le tengo miedo.

ROQUE. Ni yo.

ANT. Deja, deja, que antes de mucho...

ROQUE. Silencio, aquí viene. (*Se ponen en pié. Sale Eduardo de su habitacion dando el brazo á Julia, que va tapada.*)

EDUA. No lo dude usted, Julia; antes de un año Luis bendecirá á usted.

JULIA. Así lo creo. Adios, Eduardo.

EDUA. Ya sabe usted que si Félix no fuese á su casa dentro de una hora...

JULIA. Sí, ya me acuerdo lo que he hacer. Adios. (*Vase.*)

EDUA. Adios.

ESCENA II.

EDUARDO, ANTONIO, ROQUE.

EDUA. Antonio!...

ANT. Señor!...

EDUA. Está todo corriente?

ANT. Todo!... (*Medio mutis.*)

EDUA. Encargó usted los helados?

ANT. En Fornos. (*Medio mutis.*)

EDUA. Antonio!...

ANT. Señor...

EDUA. Llevó usted mismo la esquela de invitacion á D. Zacarías?

ANT. Yo mismo la puse en sus manos. (*Medio mutis.*)

EDUA. Antonio.

ANT. Señor!!!... (*De mal modo.*)

EDUA. Qué es eso? ¿Qué modo de contestar es ese, Sr. Antonio?

ANT. Pero, señor ..

EDUA. La sonrisa en los lábios, D. Antonio...

ANT. Si es que...

EDUA. Y el respeto debido á sus superiores. Ahora salga usted de esta sala.

ANT. (Ah! si me atreviera!...)

EDUA. Qué murmura usted?...

ANT. Nada, señor; ya me voy. (*Al volverse ve á Roque y le dice con malos modos.*) Qué haces tú aquí? Sal pronto.

ROQUE. (La pega conmigo... Siempre el último mono...)

ANT. Qué habla usted entre dientes?

ROQUE. Nada, nada. (Lo dicho.) (*Vánse.*)

ESCENA III.

EDUARDO.

Todo va perfectamente. Dentro de pocas horas llegará el señor de Sandoval, y mañana nada tendré que hacer en esta casa. La abandonaré... Y Elisa... dulce y hechicera niña... (*Pensativo.*) Pero qué es lo que digo? Estoy olvidando mi papel. Adelante con la comedia, y echemos un candado al corazon.

ESCENA IV.

EDUARDO, LUIS.

LUIS. No puede ser. Ha sido una ilusion sin duda.

EDUA. El qué?

LUIS. Que desde la ventana de mi cuarto he visto bajar la escalera á una mujer que me ha parecido Julia.

EDUA. Pues ha creido usted muy bien, porque era ella...

LUIS. Ella en mi casa?

EDUA. No; en mi cuarto.

LUIS. Pero usted la conoce?

EDUA. Algo!... (*Sonriendo maliciosamente.*)

LUIS. Sin embargo, cuando hablé á usted de ella, me pareció que usted ignoraba su nombre.

EDUA. Es que se lo ha cambiado.

LUIS. Qué dice usted?

EDUA. Digo que hace un año se llamaba Pepita Gil.

LUIS. Eso no es creible! ¿Y qué venia á hacer aquí?

EDUA. Venia á hacerme un encargo.

LUIS. Para mí?

EDUA. O para otro.

LUIS. Eduardo, no me haga usted padecer; dígame francamente lo que sepa.

EDUA. Oh! es una larga historia. No acabaria en toda la noche.

LUIS. Pero acaso me engaña? acaso no me ama?

EDUA. Ella le ama, y no es usted á quien engaña, porque usted es el último en el órden cronológico... es á los otros.

LUIS. Eduardo, cuando tales cosas se dicen, es necesario probarlas.

EDUA. No veo en ello ninguna dificultad.

LUIS. Pues reclamo inmediatamente la prueba de ello.

EDUA. Y si la presento, ¿me promete usted no volverla á ver?

LUIS. Lo prometo.

EDUA. Y casarse con su prima?

LUIS. Cuando quiera y disponga mi padre.

EDUA. Lea usted. (*Dándole una carta.*)

LUIS. (*Leyendo.*) «Luisito está muy ocupado esta noche; hay baile en su casa, y como me aburre la soledad, te espero dentro de una hora. Tu Julia.» Y el sobre, á Félix Martinez. Félix, mi amigo; él en quien tenia tanta confianza!...

EDUA. Ya le dije á usted que era un canalla. Y respecto á Julia, no es culpa suya si usted la ha rodeado de una aureola que no ha merecido jamás.

LUIS. He dado á usted mi palabra, Eduardo; no volveré á ver á esa mujer y me casaré con mi prima, satisfaciendo los deseos de mi padre. Pero nada he ofrecido respecto á Félix, y ese pagará por todos. (*Vase.*)

EDUA. Pero escuche usted... Nada, se marchó; y bien mirado, vale mas que su dolor se desahogue en arrebatos de cólera... así durará menos. En todo caso, hasta mañana no puede batirse, y yo sabré evitarlo. Pero ese D. Zacarías que no viene... (*Se vuelve y ve á Elisa que sale.*) (Elisa.)

ESCENA V.

ELISA, EDUARDO.

ELISA. (Está solo; mejor.)

EDUA. Qué linda está.

ELISA. Muy buenas noches, Eduardo!

EDUA. (Estemos en carácter.) Adios, señorita... vestida ya!

ELISA. Esto prueba que no soy perezosa.

EDUA. Lo comprendo... en un dia de baile, las niñas que desean agradar deben esmerarse en su tocador.

ELISA. Las niñas!... Voy á cumplir veintidos años!

EDUA. Pues no los representa usted. Y de mi opinion es tambien el señor de Casanova.

ELISA. Por qué me habla usted de ese caballero?

EDUA. No es su prometido de usted?

ELISA. Papá quiere que me case con él, pero á mí no me gusta.

EDUA. Es muy rico, y la ama á usted.

ELISA. Eso dice; ¿pero usted cree que yo puedo amar á un hombre que casi me dobla la edad, y que es tan feo?

EDUA. Su papá de usted lo aprecia en mucho.

ELISA. Pues no es una razon para que á mí se me sacrifique.

EDUA. Piénselo usted bien; desobedecer á su papá no está bien hecho.

ELISA. Y este es el consuelo que usted me ofrece? Me voy...

EDUA. Tan pronto?

ELISA. Claro está... me recibe usted tan sériamente... cuando yo venia...

EDUA. A hablarme?

ELISA. Sí; queria consultar á usted el primero sobre el efecto de este traje.

EDUA. No está mal. Sin embargo, el color del vestido y esa guirnalda en la cabeza, no es de muy buen gusto.

ELISA. No le parece á usted bien? (*Triste.*)

EDUA. No me acaba de llenar. ¿Se acuerda usted la otra noche cómo se presentó la niña de la casa en el baile que dieron los de Otero? Qué bella estaba con su vestido verdemanzana, sus cogidos de lazos encarnados, y su prendido de flores marchitas!

ELISA. A usted le gustó? (Tengo ganas de llorar.)

EDUA. Tenia usted que decirme algo mas?

ELISA. Habiéndole parecido á usted mal, no me atrevo.

EDUA. Diga usted, señorita.

ELISA. Pues, sí señor; á pesar de todo, diré... que venia... á invitar á usted para el primer rigodon, ya que usted no lo ha hecho.

EDUA. Imposible... Ese puesto pertenece de derecho á su señor hermano.

ANT. (*Saliendo.*) D. Zacarías pregunta por usted.

EDUA. Que entre. Me permitirá usted, señorita, que hable breves momentos con D. Zacarías?

ELISA. Sí; hasta luego. (Tal vez porque no le gusta mi traje no quiere sacarme á bailar, Voy á darle una sorpresa.) (*Vase.*)

EDUA. Pobre niña! Ea!... ahora tengo que habérmelas con un solemne truan... Afortunadamente conozco bien el terreno.

ESCENA VI.

EDUARDO, D. ZACARÍAS.

EDUA. Buenas noches, amigo D. Zacarías; me pidió usted una entrevista para esta mañana, y yo la he aplazado para esta noche. Siéntese usted aquí á mi lado, y hablemos.

ZAC. Recibí su esquela de convite, y supuse desde luego...

EDUA. Vamos á ver; ¿para qué me ha pedido usted esta entrevista?

ZAC. Deseaba saber si el señor de Sandoval habia dejado para mí...

EDUA. Cien duros? Sí señor; ha dejado para usted esa cantidad. ¿Con que el señor de Sandoval es deudor de usted?

ZAC. Así parece...

EDUA. Efectivamente! ¿Pero sabe usted que es un crédito muy particular el suyo?

ZAC. Por qué?

EDUA. Porque he examinado los libros de entradas y de gastos...

ZAC. Ya!

EDUA. Y me sorprende el ver que, de diez años á esta parte, ha cobrado usted á mas de dos mil reales mensuales, una suma de ocho mil duros, con la particularidad de que usted es el único acreedor cuyos recibos no figuran en la carpeta del Sr. Sandoval.

ZAC. Y bien!

EDUA. ¿Sabe usted lo que he venido á sacar en limpio?

ZAC. No imagino...

EDUA. La seguridad de que es usted un bribon, lo cual no ha sido para mí un descubrimiento; y un imbécil, cosa que me ha estrañado mucho, lo confieso.

ZAC. Mil gracias, D. Eduardo. Ya sabe usted que no me ofendo fácilmente. Pero cuando tales cosas se dicen á un caballero...

EDUA. Cuando tales cosas se dicen á un caballero, este contesta con un bofeton... Cuando se dicen á un hombre como usted, se calla, si no quiere ser castigado mas severamente.

ZAC. Pero al menos se da alguna razon....

EDUA. Eso sí, la razon no se niega á nadie, y voy á darle á usted la mia. D. Zacarías no es acreedor del Sr. Sandoval, y sin embargo, este le da dinero á plazos fijos. Luego D. Zacarías tiene un talisman por medio del cual hace aflojar la mosca al Sr. Sandoval. No es esto claro?

ZAC. Como el agua.

EDUA. Pues bien, D. Zacarías; como me voy fastidiando de esta vida de movimiento, y como creo que á mi edad es ya tiempo de hacerse con una fortuna, le propongo á usted comprarle ese talisman.

ZAC. Y para qué?

EDUA. Para mis fines particulares.

ZAC. Oh!... con veinticuatro mil reales que anualmente le producirá á usted...

EDUA. Quite usted allá; con semejante auxiliar, agotaria yo en menos de un mes las arcas de Rostchild.

ZAC. Sí; usted es jóven, audaz, emprendedor... pero yo... tengo que guardar consideraciones y no puedo ir donde quisiera...

EDUA. Por lo mismo, véndame usted su talisman, y ya verá..

ZAC. Que se lo venda? A usted?...

EDUA. Claro.

ZAC. En cuánto?

EDUA. Eso consistirá en la importancia que para mí tenga.

ZAC. Es muy justo; el que compra, naturalmente desea saber... Yo soy así!...

EDUA. Si la cosa lo merece, le doy á usted de un solo plazo lo que ha recibido en los diez años.

ZAC. El señor de Sandoval me propuso eso mis-

mo al principio del negocio; pero una suma no es mas que una suma; al paso que una buena rentita...

EDUA. Ya; pero necesita usted diez y siete años para volver á coger veinte mil duros. El Sr. Sandoval tiene ya muy cerca de los sesenta, y cada dia que pasa...

ZAC. Efectivamente!...

EDUA. Si él se muere, adios renta. Su hijo le tiraria á usted por un balcon.

ZAC. Lo cree usted así?

EDUA. Ese muchacho tiene un génio de mil diablos!...

ZAC. Caracoles!... Pero, ¿y si despues de mostrarle á usted el talisman se retracta usted?

EDUA. Nada hay perdido; se queda usted con él.

ZAC. Es verdad! (*Bajo.*) Pues bien, D. Eduardo, se trata de una letra falsa.

EDUA. Una letra falsa! Del Sr. Sandoval?...

ZAC. No; de su padre. Una letra falsa... muy honrosa por otra parte. Una letra falsa... con circunstancias atenuantes. Yo la llamaria un rasgo de viveza... un arranque del corazon... pero como la justicia tiene otras definiciones... Ya entiende usted...

EDUA. Entendido, y sostengo mi proposicion... Veinte mil duros.

ZAC. Pagaderos, cuándo? Garantizados, cómo?

EDUA. Dentro de un mes, bajo mi firma.

ZAC. Bajo la firma de usted? Qué disparate!... No, no; para poca salud...

EDUA. (Demonio! Pues yo necesito á toda costa... Ah! qué idea!) ¿Es decir, que rehusa usted?

ZAC. Lo incierto por lo seguro!... Sí señor.

EDUA. Venga usted acá, Sr. D. Zacarías. ¿Y si yo le firmase á usted una obligacion de pagarle al dia siguiente al de mi boda con la señorita de Sandoval?

ZAC. Con la... Ah!... vamos!... Quiere usted hacer un cambio con el padre... él le da á usted su hija, y usted le entrega...

EDUA. Precisamente.

ZAC. Es usted el mismo diablo!... Pero, ¿y el proyectado casamiento de la niña con el banquero Casanova?

EDUA. Nunca ha pasado de proyecto. La muchacha se resiste.

ZAC. Y si se resiste con usted?

EDUA. No lo espere usted.

ZAC. Pues, bueno, D. Eduardo; pruébeme usted... que la señorita de Sandoval... le ama, y es negocio concluido.

EDUA. Que se lo pruebe?... (Y no tengo otra salida.) Nada mas fácil. (*Llama, y sale Antonio.*) Antonio, diga usted á la señorita Elisa que tenga la bondad de venir aquí, que deseo hablarla. (*Váse Antonio.*) Usted se esconderá en ese cuarto, y dejando la puerta entreabierta, se enterará perfectamente. (*D. Zacarías hace una mueca de disgusto.*) Qué! Le repugna á usted este medio?

ZAC. Oh! no, qué disparate... no soy tan escrupuloso. Pero tengo yo otro mejor.

EDUA. Cuál?

ZAC. Yo le diré á usted... en general, me gusta tratar los negocios por mí mismo.

EDUA. Desconfia usted de mí?

ZAC. Yo, amigo mio? No tal! Pero no me fio de nadie en el mundo. Por consiguiente, si usted me lo permite, yo seré quien hable con la jóven, y usted escuchará.

EDUA. ¿Pero se ha imaginado usted que esa señorita va á revelar á un desconocido?...

ZAC. Si efectivamente está enamorada, no hay desconocido que valga... yo la haré cantar de plano. (*Sale Antonio.*)

ANT. Aquí viene la señorita. (*Vase.*)

ZAC. D. Eduardo, á su puesto, y yo al mio.

EDUA. Me avengo, pero sea usted prudente... ó de lo contrario...

ZAC. No hay que temer.

ESCENA VII.

D. ZACARÍAS, ELISA; *luego* EDUARDO.

(*Elisa trae otro trage, pero con adornos chillones y de mal gusto; el adorno de la cabeza lo mismo.*)

ZAC (Qué traje es ese?)

ELISA. D. Zacarías!

ZAC. El mismo, señorita, que felicita á usted por el buen gusto que ha tenido en ese traje.

ELISA. Le parece á usted bien?

ZAC. Es de un gusto esquisito.

ELISA. Me habian dicho que D. Eduardo me llamaba.

ZAC. Sí, pero cuando estaba esperando á usted, cambió de pensamiento... y se marchó.

ELISA. Se marchó!... ¿Y sabe usted para qué me llamaba?

ZAC. Creo que para despedirse de usted.

ELISA. Qué! se marcha de casa?

ZAC. Mañana de madrugada.

ELISA. Para mucho tiempo?

ZAC. Para siempre.

ELISA. Tan mal se encuentra aquí?

ZAC. No es que se encuentre mal, sino que es muy desgraciado.

ELISA. Desgraciado! Por qué?

ZAC. No lo sabe?

ELISA. No, por cierto.

ZAC. Cómo! Usted no sabe que la ama?

ELISA. A mí? (*Contenta.*) Qué me dice usted? Cómo habia de figurarme... Y es natural... Me trataba como á una muñeca... le parecia fea, sí señor, fea... no hace mucho que aquí mismo...

ZAC. Eso lo hacia por disimular.

ELISA. El qué?

ZAC. Su amor.

ELISA. Y por qué disimularlo?

ZAC. Tal vez por no disgustar á usted.

ELISA. Lo que me disgustaba era su aire burlon.

ZAC. Es decir, que le perdona usted?

ELISA. Perdonarle!... De qué?

ZAC. Por haberse atrevido á amarla...

ELISA. Es acaso algun delito amar á una jóven?

ZAC. No, pero... en fin, yo debo aconsejarle que se quede ó se marche... qué le parece á usted?

ELISA. Ay, D. Zacarías; aconséjele usted que no se vaya.

ZAC. Entonces cada dia la amará á usted mas.

ELISA. Pues si eso quiero yo... si eso hace mi felicidad!

ZAC. Pero ya sabe usted que es pobre, y si su padre de usted, que además tiene otros proyectos sobre usted, se opone...

ELISA. Si mi padre se opone, caeré enferma, de seguro. Y en seguida buscarian á Eduardo para ofrecerle mi mano. Eduardo!...

Qué bonito nombre, verdad?

ZAC. Ah! precioso!... Con que voy á decirle...

ELISA. Sí, corra usted, no se detenga.

EDUA. (*Saliendo.*) Es inútil, no corra usted.

ELISA. (*Avergonzada.*) Cómo! Estaba usted ahí? Y habrá oido...

EDUA. Todo, pero bien á mi pesar. Créame usted, señorita.

ELISA. Entonces espero que no me negará usted el primer rigodon.

EDUA. No, pero con una condicion.

ELISA. Cuál?

EDUA. Que antes de que vengan los convidados se ponga usted el primer traje.

ELISA. Me sentaba mejor, verdad? Bien me parecia á mí...

EDUA. Y por qué se lo ha quitado usted?

ELISA. Y me lo pregunta?... Por darle á usted gusto... Hasta luego.

ESCENA VIII.

EDUARDO, D. ZACARÍAS.

EDUA. (Otro corazon que tendré que desgarrar.) D. Zacarías, ya ha visto usted.

ZAC. Sí; estoy satisfechísimo.

EDUA. Pues no perdamos el tiempo.
(*Se sienta en el velador y se prepara á escribir.*)

ZAC. Perdone usted, ahí no; en este papel de abonaré... Yo siempre voy prevenido. (*Saca un abonaré.*)

EDUA. Es muy justo. Tome usted.
(*Despues de mirar el abonaré que le da D. Zacarías, le da un duro.*)

ZAC. Ah!... El valor del papel? Gracias. Y dígame usted, D. Eduardo; ahora que la chica consiente en este matrimonio, y que responde de la autorizacion de su padre, para qué hace usted un gasto inútil? No veo claro en este asunto.

EDUA. Por qué?

ZAC. Porque no sé cuál es el interés de usted en poseer la letra.

EDUA. Es muy sencillo. A pesar de todo, el papá puede hacerse de pencas... y por otra parte, ya comprende usted que con ese ta-

lisman voy á hacer que se despilfarre en la dote.

ZAC. Vamos, veo que entiende usted el busilis.

EDUA. Verdad que sí?

ANT. (*Saliendo.*) Señor, los convidados van llegando.

EDUA. Que la señora y la señorita los reciban en el salon... Despachemos, D. Zacarías.

ZAC. (*Dándole un papel.*) Aquí tiene usted su lanza!...

EDUA. (*Dándole el abonaré.*) Aquí tiene usted su escudo!...

ZAC. Gracias por todo.

EDUA. Sí, gracias! Es usted un pobre hombre, Sr. D. Zacarías. (*Riendo.*)

ZAC. Qué dice usted?

EDUA. Un pobre hombre!

ZAC. Cómo?

EDUA. Ya lo verá usted mas adelante.

ZAC. (Un pobre hombre? Ah! ya caigo! Debí pedirle doble... pero no tengo carácter para los negocios... (*Vase.*)

ESCENA IX.

EDUARDO, FÉLIX.

FELIX. Adios, chico.

EDUA. Ya está aquí este otro... Hola, Félix! Me han traido esta carta para tí.

FELIX. (*Leyendo.*) Es de Julia.

EDUA. Ah!... es de...

FELIX. Para qué me llamará ahora?

EDUA. Quién sabe!

FELIX. Vaya al diablo. Yo no me puedo mover de aquí.

EDUA. No puedes?... Por qué?

FELIX. Porque he escrito una carta á María, la esposa de Sandoval, y espero esta noche el logro de mis deseos.

EDUA. Ah, ya! Pues chico, si en algo puedo serte útil...

FELIX. Hombre, si no estuvieses ocupado con el baile, te rogaria fueses allá... á casa de la otra.

EDUA. Escelente idea.

FELIX. Inventá una historia que la obligue á tener paciencia.

EDUA. Ya estoy.
FELIX. Eres mi mejor amigo!
EDUA. Quita; eso no vale la pena.
FELIX. Vuelve lo antes posible, que nos reiremos.
EDUA. Sí; cómo nos vamos á reir!
FELIX. Y gracias, Eduardo.
EDUA. No, no tienes por qué dármelas. (*Vase.*)

ESCENA X.

FELIX; *luego* MARIA *y* LUIS.

FELIX. Ahora sentémonos, y veamos si María acude á la cita en este salon.
LUIS. (*Saliendo.*) Aquí está.
FELIX. Buenas noches, Luis! (*Al ver que no le contesta y que está mirándole, dice.*) Qué tienes?
LUIS. Nada, caballero.
FELIX. Qué es eso de caballero! No soy tu amigo?
LUIS. No puede ser amigo mio una persona tan vil como usted!
FELIX. Qué significa!... (*Levantándose.*)
LUIS. Significa que lo sé todo.
FELIX. Cómo!
LUIS. Sé que le está esperando Julia, y que le ha escrito á usted.
FELIX. (Diablo!)
LUIS. Sé que se ha portado usted conmigo como un villano, como un bribon!
FELIX. (*Furioso.*) Caballero!...
MARIA. (*Saliendo.*) Qué pasa aquí?
FELIX. Nada... una chanza inocente que Luis ha interpretado mal.
LUIS. En efecto... sí... una chanza inocente... (*Bajo á Félix.*) Mañana nos veremos.
FELIX. (*Bajo.*) Enviaré á usted mis padrinos. (*Saluda y vase Luis.*)
MARIA. Me dirá usted qué significa...
FELIX. Ni lo sé yo mismo! Una niñería! Hablar siquiera de ello, es darle una importancia que no merece.
MARIA. Mas vale así.
FELIX. Se ha dignado usted leer mi carta?
MARIA. Bien á pesar mio, créalo usted.
FELIX. Por qué?
MARIA. Porque en ello no he hallado ni un ápice de juicio.

FELIX. Es verdad! Allí no hay mas que corazon.

MARIA. Reñiremos si continúa usted así.

FELIX. Lo duda usted?

MARIA. Debo dudarlo para continuar siendo su amiga.

FELIX. Pues quién sino usted sabe á dónde se dirigen mis votos, mis protestas de cariño... que conoce cuán sinceros son mis sentimientos... mis...

MARIA. Basta, señor mio, basta.

FELIX. No me trate usted tan cruelmente.

MARIA. Me obligará usted á retirarme.

FELIX. Sí, comprendo! Jamás se abrió su alma al amor! Unida por necesidad ó conveniencia de familia á un anciano, jamás han resonado en sus oidos las halagüeñas protestas del cariño, y no las comprende usted.

MARIA. D. Felix!...

FELIX. Yo la juro amarla con un amor apasionado. Con ese loco frenesí que solo siente la juventud, y que solo saben manifestar los que como yo...

ANT. (*Saliendo.*) En la antecámara espera una señora que pregunta por D. Félix.

MARIA. Una señora!

FELIX. Por mí? Se habrá equivocado usted.

ANT. No señor; estoy seguro que me ha pregnntado si estaba usted en el baile.

FELIX. Es imposible.

MARIA. Y esa señora ha dicho su nombre?

ANT. Sí señora... Se llama doña Julia Ortiz.

FELIX. (Julia!)

MARIA. Se turba usted?

FELIX. Yo? no por cierto. El asombro! la sorpresa!... Antonio, hágame usted el favor de decir á esa señora que no sé en qué puedo serla útil no conociéndola!

ANT. Está bien. (*Va á irse, y Félix, al hablarle bajo, le da un duro.*)

FELIX. (*Bajo.*) Dígale usted que estaré en su casa dentro de una hora. (*Vase Antonio.*)

MARIA. Es muy estraño...

FELIX. Sin duda algun error... Alguna mala interpretacion... Puede usted imaginar!... Por Dios, María, conteste usted á mis súplicas, y si acaso...

ANT. (*Saliendo.*) Señora!...

MARIA. Qué sucede?

ANT. Esa jóven me ha dicho, que puesto que D. Félix no la conoce, diga á usted que la suplica la oiga un momento.

MARIA. Voy allá.

FELIX. Qué va usted á hacer? A hablar con una intrigante... una aventurera...

MARIA. Luego usted la conoce?

FELIX. No, seguramente... pero...

MARIA. Pues bien, yo quiero verla.

FELIX. Reflexione usted antes...

MARIA. Sé lo que debo hacer.

ESCENA XI.

FÉLIX *y* ANTONIO; *luego* EDUARDO.

FELIX. (Que el diablo me lleve, si sé cómo salir de este atolladero.)

ANT. Parece que no está usted muy contento.

FELIX. Tú tienes la culpa, animal!

ANT. Pero señor...

FELIX. ¿No has entendido para qué te he dado un duro?

ANT. Sí señor... pero es que esa señora... me ha dado dos. (*Vase.*)

FELIX. Corro á ver si puedo evitar...

EDUA. (*Saliendo.*) Qué es eso? Te marchas ya?

FELIX. No has ido á casa de Julia, eh?

EDUA. No; me la encontré en la puerta de esta casa cuando me dirigia á la suya. Pretendia verte.

FELIX. Y no la has persuadido?...

EDUA. Sí; á que si tú no te ibas con ella, entrase ella á buscarte.

FELIX. Pero no comprendo...

EDUA. Es muy sencillo. Tú hacias la corte á la señora de Sandoval; ahora bien: como su marido me ha confiado su casa y su honor, he creido de mi deber dar á esa señora algunos informes acerca de su galan... y como Julia reunia en mi humilde opinion todas las condiciones apetecibles para... mi objeto... he aprovechado la circunstancia de hallarla aquí; he apelado á su travesura, y me ha servido admirablemente. Mira, mira como cumple su cargo. Despues de dar de tí los mejores informes, está exhibiendo en este instante las prue-

bas. Lo ves? (*En el fondo.*) Ahora le muestra, si no me engaño, aquella famosa promesa de casamiento que la hiciste...

FELIX. Mi promesa de...

EDUA. No hay remedio, Félix... tu causa está perdida.

FELIX. Tiene usted mucha razon. Pero supongo que no habrá usted creido que yo dejaria tanta audacia impune?

EDUA. Nunca he creido tal cosa.

FELIX. Es decir, que está usted dispuesto á darme...

EDUA. Tantas estocadas como usted pueda desear.

FELIX. Bien! Nos veremos pasado mañana.

EDUA. Y por qué no mañana?

FELIX. Porque mañana tengo otro duelo.

EDUA. Podré saber con quién?

FELIX. Con su discípulo de usted.

EDUA. Con Luis! Mucho lo siento, pero ese duelo es imposible.

FELIX. Qué dice usted?

EDUA. Digo, que siendo Luis mi discípulo, yo soy responsable de sus acciones. Ya ve usted, D. Félix, que no hay inconveniente en que nos rompamos el alma mañana mismo.

FELIX. Usted lo quiere?

EDUA. Lo deseo, y se lo suplico.

FELIX. Pues bien; estaré en el canal mañana á las siete.

EDUA. Y yo á las seis y media.

FELIX. Y á las siete y cuarto le habré matado á usted, Sr. D. Eduardo.

EDUA. Si no le he muerto yo á usted á las siete y diez minutos, Sr. D. Félix.

FELIX. Lo veremos.

EDUA. Lo verá usted.

ANT. (*Saliendo.*) La señora me manda que se sirva usted aceptar su sombrero. (*Se lo entrega.*)

FELIX. Semejante humillacion! Hasta mañana! (*Vase con él Antonio.*)

EDUA. Hasta mañana. Y van dos... voy á dejar esta casa como un paraiso. Aquí se dirige la serpiente.

ESCENA XII.

EDUARDO, D. ZACARÍAS.

ZAC. (*Entrando.*) Vaya. Al fin tengo la dicha de encontrar á usted.

EDUA. Qué ocurre?

ZAC. Ocurre que su ausencia empieza á inquietar á Elisa.

EDUA. (Pobre niña! Falta ella todavía.)

ZAC. Le habia usted prometido el primer rigodon; pero, sí, ya baja... pasa el primero, pasa el segundo, y la hace usted esperar allí como si estuviesen ustedes casados hace una semana.

EDUA. Precisamente me dirigia ahora al salon.

ZAC. Pues vamos. No tenemos tiempo que perder, que son las tres, y el baile pronto terminará.

EDUA. Las tres ya!

ZAC. Vamos, vamos pronto, que está muy enfadada.

EDUA. De veras? (Pobrecilla.) Pues vaya usted delante y procure desenojarla.

ZAC. Haré por usted ese sacrificio... Voy á preparar á usted el terreno. (*Vase.*)

EDUA. Y yo á preparar mis armas. Cumpliré con mi deber sobre el terreno; y luego, aunque yo sea desgraciado, consumaré por completo el sacrificio.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion y muebles del segundo. Las luces apagadas. Es de dia. Antonio sentado en una butaca de cara al cuarto de D. Eduardo, y en la misma puerta.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIO.

Son ya las diez, y ese maldito ayo no piensa en levantarse. Aaah!... (*Bostezando.*) Qué sueño tengo. Ya se ve, toda la noche de aquí para allá, sirviendo á los convidados... y cuando pensaba retirarme á descansar, ese condenado me planta de centinela á la puerta de su cuarto, mandándome permanecer aquí hasta que él salga, y con órden terminante de que nadie penetre en su gabinete hasta que se levante. Aaah!... Pues, señor, desde que ese hombre ha entrado en esta casa, da que hacer mas que todos juntos!

ESCENA II.

ANTONIO, D. ZACARÍAS.

ZAC. (*Dentro.*) No me conoces, zopenco? yo soy de casa. (*Sale.*)

ANT. Quién anda ahí?

ZAC. Buenos dias, Antonio. Y el Sr. Eduardo?

ANT. Aun no se ha levantado.

ZAC. Cómo es eso? Cerca de las diez y media... El, tan madrugador!... A pesar de ello, tengo que hablarle. Hay confianza entre nosotros, y me recibirá aunque sea en el lecho.

ANT. No recibe.

ZAC. Pásale recado.

ANT. Me es imposible.

ZAC. Por qué?

ANT. Porque no puedo.

ZAC. Pero, hombre, si ya te he dicho que yo...

ANT. No se canse usted; esta es mi consigna, y no puedo faltar á ella. (*Se tumba en la butaca.*)

ZAC. Pues no se recuesta otra vez en la butaca!... Estoy por darle un bofeton... (*Amenazándole.*) Pero tengamos prudencia. Podria incomodarse D. Eduardo, y no me conviene disgustarle en estos momentos. Esperaré que se levante. Me tiene muy inquieto. Anoche no le pude encontrar al terminarse la funcion. Me habia ofrecido bailar con Elisa, y cuando llegó el rigodon, no pareció por la sala, y la niña se puso de un humor... que ya!... Diablo! si fuera á tronar con él por esa niñería... Pero no; ella está muy enamorada, y por ese lado nada temo. Dentro de un mes la boda, y al dia siguiente atrapo veinte mil duros. Con tal que de aquí á entonces no vaya mi hombre á... No; goza una salud á prueba... y además, yo velaré por él para que no cometa imprudencias. El Sr. Sandoval no deberá oponerse. La niña no se ha opuesto, yo no me opongo, y... Pero, y si Eduardo se opusiera?... si se retractase?... Bah! no es muy fácil rechazar la mano de un ángel que ofrece á un perdido como él una magnífica carta de dote. Estoy tranquilo; conozco á Eduardo, es un pillo de siete suelas, y puedo dormir á pierna suelta.

ESCENA III.

Dichos; LUIS.

LUIS. (No he pegado los ojos en toda la noche. La traicion de Félix... oh!... es preciso que Eduardo me sirva de padrino...)

ZAC. Buenos dias, D. Luis.

LUIS. Usted por aquí?

ZAC. Venia á ver á su ayo de usted.

LUIS. Se le ofrece á usted algo?

ZAC. No; es solamente para enterarme de su salud. Oh! le aprecio mucho; es tan buen muchacho, mejorando lo presente...

LUIS. Gracias. Y no le ha visto usted aun?

ZAC. No; está todavía durmiendo, y no he querido molestarle.

LUIS. Durmiendo! A estas horas... No puede ser. Antonió! Roque!... (*Llamando.*)

ZAC. No lo llame usted. Sentiria que por mí fuese...

LUIS. Es que yo tambien necesito verle. Antonio!...

ANT. (*Despertando.*) Señor!

LUIS. Dí á D. Eduardo que haga el favor de venir á esta sala, que se lo suplico yo.

ANT. Es que me mandó anoche que nadie entrara en su habitacion hasta que él llamase.

LUIS. Haz lo que te digo, y no repliques.

ANT. Es que...

LUIS. Qué? vamos...

ANT. Señorito... Que no me atrevo. El señor don Eduardo tiene unos arranques...

LUIS. Pues iré yo mismo... (*Movimiento.*)

ZAC. Pero, D. Luis...

ANT. Señorito...

LUIS. Aparta, imbécil! (*Entra en la habitacion de D. Eduardo.*)

ANT. Ya verá usted como lo pago yo. Cuando D. Eduardo da una órden...

ZAC. No tengas cuidado. Nosotros te disculparemos.

ANT. Háganlo ustedes por Dios, porque si no, es muy capaz de...

LUIS. (*Saliendo.*) D. Eduardo no está en su habitacion... Qué quiere decir esto?...

ANT. Cómo?

ZAC. Qué dice usted?

ANT. Pero si yo no me he movido de aquí desde que entró en su cuarto, y no le he visto salir.

LUIS. No solamente no está en él, sino que no se ha acostado.

ZAC Eh!...

LUIS. La cama está intacta, y todos los objetos en el órden mas completo.

ANT. A no ser que haya pasado la noche fuera...

ZAC. Cómo es eso?

LUIS. Qué estás diciendo?

ANT. (Si pudiera hacer que le echasen de casa...) Como su cuarto tiene una puerta que da al jardin, y él únicamente tiene la llave...

LUIS. Y bien.

ANT. Puede haber salido esta noche de casa sin que nadie lo note.

LUIS. Y por qué no esta mañana?

ZAC. Sí, por qué no?

ANT. Porque estando la cama hecha, es señal de que ha ido á dormir á otra parte.

LUIS. Tú le calumnias... vete.

ANT. Pero, señorito...

LUIS. Que te vayas, te he dicho.

ANT. Está bien. (En qué parará esto?)

ESCENA IV.

LUIS, D. ZACARÍAS.

ZAC. Tal vez se encuentre en el jardin.

LUIS. No señor; le he buscado ya por toda la casa, y en ella no está.

ZAC. Puede ser que algun asunto urgente...

LUIS. Tan temprano! Y luego, eso de que no entrara nadie en su habitacion... aquí se encierra algun misterio... ¿Será verdad lo que sospecha Antonio?

ZAC. No crea usted semejante cosa. D. Eduardo no es capaz... pasar la noche fuera de casa... (Ay, Dios mio!)

LUIS. Y yo que necesito indispensablemente hablarle al momento.

ZAC. Y yo, yo tambien le necesito.

LUIS. Si supiéramos dónde hallarle...

ZAC. Calle usted. Ahora recuerdo que anoche se despidió de D. Eélix, diciendo: «Hasta mañana.» Vamos á casa de este y tal vez...

LUIS. Y para qué se citarian?

ZAC. Lo ignoro... pero voy á verle.

LUIS. Sí, vaya usted.

ZAC. Al instante... y descuide usted, que le traeré muerto ó vivo. No, procuraré traerle sano y salvo... (Que su salud me interesa mucho.) (*Vase.*)

LUIS. Pícara casualidad!... No poder hablar á Eduardo, cuando tanto lo necesito... Félix

me estará esperando... y no tengo padrino para este lance, porque es preciso que él lo sea. Despues de los desengaños sufridos, solo en él tengo confianza!

ESCENA V.

LUIS, ELISA; *luego* ANTONIO.

ELISA. (No le hallo en ninguna parte. Dónde estará?) Ah! eres tú?

LUIS. Buenos dias, Elisa.

ELISA. Sabes dónde está D. Eduardo?

LUIS. Calle; con que tambien tú necesitas verle?

ELISA. Me prometió anoche un rigodon, y todavía le estoy esperando.

LUIS. Debes disculparle... anoche tenia que atender á todo, y sus muchas ocupaciones...

ELISA. Eso no tiene disculpa! Y dónde está ahora?

LUIS. Qué sé yo? Nadie da razon de él. Ni Antonio ni los demás criados. Debe haber pasado la noche fuera de casa ó haber salido muy temprano.

ELISA. A dónde?

LUIS. No lo sé.

ELISA. Le habrá sucedido algo?

LUIS. Lo ignoro. D. Zacarías ha ido á ver si le encuentra.

ELISA. Pero tú estás inquieto. Qué tienes?

LUIS. Nada. (Esta me va á fastidiar ahora con sus preguntas.) Antonio!

ANT. (*Saliendo.*) Señorito!

LUIS. Me dirijo á mi cuarto. Así que vuelva don Zacarías, avísame.

ANT. Está bien.

ELISA. Pero escucha... Se va. (Ah! tal vez Antonio...) Oye, Antonio.

ANT. Qué se le ofrece á usted, señorita?

ELISA. Tú debes saber la verdad. Dime dónde está D. Eduardo.

ANT. Puedo asegurar á usted que nadie sabemos dónde está desde anoche.

ELISA. Desde anoche?

ANT. Sí, señorita. (Sigamos desacreditándole.) Sepa usted... pero no me descubra que el preceptor no ha dormido en casa.

ELISA. Eso piensa tambien mi hermano, pero yo no lo creo.

ANT. Pues es muy cierto.

ELISA. Tú lo sabes?

ANT. Estoy seguro.

ELISA. (Dormir fuera... faltarme anoche despues de darme palabra de bailar conmigo! Es necesario que se justifique.) Antonio, en cuanto vuelva D. Eduardo, páseme usted aviso. En el cuarto de mi madre política espero. (*Vase.*)

ANT. Se tragó la bola, lo mismo que el señorito. Si yo lograra que le pusiesen de patitas en la calle... Le tengo un ódio, que ya... Tratarme como á un simple criado... á mí, elevado á la categoría de mayordomo hace mas de diez años! Oigo hablar á don Zacarías; calle, aquí viene con él. Avisemos á los señoritos. (*Vase.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, D. ZACARIÁS.

(*Entra abrazado á D. Zacarías y fingiéndose borracho.*)

EDUA. Este bergante de D. Zacarías.

ZAC. ¿Con que efectivamente no está usted herido?

EDUA. Quiá, hombre, quiá!... Yo soy invulnerable como Aquiles. Félix es el que ha sacado un chirlo en la cabeza... pero eso no le ha impedido pagar el almuerzo en el café de ahí enfrente.

ZAC. Bravo! se ha portado usted; pero no vuelva, por Dios, á esponerse; su existencia es para mí preciosa.

EDUA. Y de todo tiene la culpa el bobalicon de mi discípulo.

ZAC. Sí, ya me han contado ustedes... Ir á matarse por otro! valiente desatino!...

EDUA. Matarse? Quite usted, hombre. Todas estas cosas concluyen con un par de copitas de Jerez. (*Vacila.*)

ZAC. Qué tiene usted?

EDUA. Tengo... Verdaderamente no sé lo que tengo... Hemos bebido un Champagne... qué Champagne!... legítimo!... marca Clicot.

ZAC. Y eso le ha trastornado á usted? A usted, que se bebe seis botellas sin pestañear?

EDUA. Y qué quiere usted? Tiene uno dias... Pero, calla... Es singular... No se mueva usted, D. Zacarías!

ZAC. Que no me mueva?

EDUA. Se está usted balanceando, y eso me hace daño; me trastorna la cabeza.

ZAC. Pero, si es usted el que...

EDUA. Yo! Cómo! pues... entonces estoy borracho?

ZAC. No, nada de eso; pero convendria que entrase usted en su cuarto y descansase un par de horas.

EDUA. No puede ser. Tengo que bailar el primer rigodon con la niña de la casa.

ZAC. Desgraciado, qué está usted diciendo? Si el baile terminó hace ocho horas.

EDUA. No importa; estoy comprometido.

ZAC. Y cómo podria usted bailar en ese estado! Quiere usted desbaratar la boda?

EDUA. Desbaratar? Si esto no es mas que una prueba.

ZAC. Una prueba?

EDUA. Si Elisa al verme así se incomoda, es que no me ama.

ZAC. Y qué?

EDUA. Que yo quiero que mi esposa me idolatre, y... voy á bailar!...

ZAC. Pues yo me opongo; porque si ella toma la cosa por lo sério...

EDUA. Entonces... me casaré con otra.

ZAC. Con otra! Pero el abonaré de veinte mil duros, dice: pagadero al dia siguiente de la boda de usted con la señorita de Sandoval, y no con otra.

EDUA. Pero yo no puedo casarme con una mujer que no me ame.

ZAC. Eso no importa!

EDUA. Quiere usted que sea desgraciado?

ZAC. Lo que yo quiero es no perder mis veinte mil duros.

EDUA. Nada hay perdido si Elisa no se enfada.

ZAC. Pero, y si se enfada?

EDUA. Entonces volaverum.

ZAC. Pero eso es una trampa.

EDUA. (*Riendo.*) Cuando yo decia que no era usted mas que un imbécil!...

ZAC. Basta de broma. Vamos, Eduardito, entre

usted en su cuarto; se lo ruego en nombre del honor.

EDUA. No profane usted lo que no conoce.

ZAC. Pues bien, en nombre de la amistad; porque usted es mi amigo...

EDUA. D. Zacarías, usted me insulta!...

ZAC. D. Eduardo, por todos los santos.

ESCENA VII.

Dichos; ELISA, MARÍA, LUIS, ANTONIO.

EDUA. Ya no es tiempo.

LUIS. Al fin ha parecido usted, Eduardo.

MARIA. Ya era hora de que volviera usted á casa, caballero.

ELISA. Dónde ha estado usted?

EDUA. Esperando á que me llegase el turno. (*La coge de la mano.*) Vamos.

ELISA. Dónde?

EDUA. A bailar el rigodon.

TODOS. Qué dice?

ZAC. (Adios, mi dinero!)

ELISA. Pero, Eduardo, qué tiene usted?

EDUA. Yo? Yo no tengo nada... (*Vacila.*) absolutamente nada!...

ELISA. Dios mio, apenas puede sostenerse!

LUIS. En efecto. Eduardo, está usted malo?

ZAC. Sí; el calor... digo, el frio... hace un momento me lo decia.

EDUA. No es cierto... Es que este diablo de don Zacarías me ha hecho empinar el codo un poco mas de lo regular.

ZAC. Yo?

MARIA. Es posible?

EDUA. (*A Luis.*) Cuando yo le decia á usted que desconfiase del Champagne... Ahora voy á beber Jerez.

LUIS. Eduardo!

ELISA. Esto es horrible!...

MARIA. Semejante escándalo en mi casa! Es indigno!...

ZAC. (Estoy arruinado.) (*A María.*) Por Dios, señora, todos tenemos algun defectillo. (*A Elisa.*) Le aseguro á usted que será un escelente marido. Lo que es yo, le daria mi hija sin vacilar... si la tuviese... pero no la tengo.

MARIA. Caballero, es usted un insensato!

ZAC. (Soy hombre al agua!) (*Se deja caer en un sillon.*)

EDUA. Vamos! Y ese rigodon?

LUIS. (*Deteniéndole.*) Eduardo!

EDUA. Tengo derecho á un rigodon! Yo quiero mi rigodon!

LUIS. Caballero, suplico á usted que entre en su cuarto.

EDUA. Y si no me da la gana?

MARIA. Antonio! Roque! (*Llamando á los criados, que salen.*) Haced salir á este caballero al momento.

EDUA. (*Coge una silla.*) Al primero que se acerque, le rompo la cabeza de un silletazo!

MARIA. Jesus!

ELISA. Cielos! Adios, mis ilusiones!

LUIS. (*Viéndole.*) Mi padre!

EDUA. (*Aterrado.*) El Sr. Sandoval! (*Fingiendo.*) El Sr. Sandoval? Tableau!

ZAC. No nos faltaba otra cosa. (*Se levanta.*)

ANT. (*Bajo á Zacarías.*) El Sr. D. Félix dice que salga usted un momento.

ZAC. (Qué me querrá ahora ese badulaque!) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

SANDOVAL, EDUARDO, LUIS, MARIA, ELISA

(*Sandoval se ha acercado á Eduardo, y le arranca la silla de la mano y el sombrero de la cabeza. Despide á los criados con un ademan, y habla con severidad.*)

SAND. Caballero, yo habia creido que haciendo un llamamiento á su hombría de bien, á su lealtad, despertaria en usted el sentimiento del honor y del deber. Que con mi apoyo y leal proceder, lograria enderezar el árbol que tan torcido se manifestaba en sus primeros años. Me he equivocado. Usted acaba de faltar indignamente á lo mas sagrado. Le habia confiado á usted mi casa como un amigo. Le arrojo de ella como á un lacayo.

EDUA. (Oh! qué vergüenza!)

ELISA. Dios mio!

SAND. Salga usted inmediatamente.

EDUA. (*Fingiendo siempre.*) Señor de Sandoval, no creo haber faltado en lo mas mínimo... Lo que he violado ha sido las leyes de la templanza... Pero no ha sido con mala intencion... se lo juro á usted... (*El primero, enternecido; el segundo, fingiendo.*)

SAND. Qué significa?...

EDUA. Voy á liar el petate, y me voy con la música á otra parte. (*Vase.*)

ELISA. Qué desengaño tan cruel!

ESCENA IX.

SANDOVAL, LUIS, MARÍA, ELISA.

SAND. (Miserable!) Y he podido confiarte á ese hombre... (*A Luis, que abraza.*)

LUIS. Querido padre. Celebro en el alma su regreso! Si mi conducta pasada ha podido inspirar á usted recelos por mi porvenir, si he resistido alguna vez á la voluntad de usted, le suplico que me perdone. Me tiene usted dicho que sus deseos se verian satisfechos el dia que yo fuese esposo de mi prima. Pues bien; cuando me crea usted digno de ella, encontrará usted en mí un hijo respetuoso y sumiso.

SAND. Qué dices? Semejante cambio!

ELISA. Y yo, padre mio (*Conteniendo las lágrimas*), deseo complacer igualmente á usted. Hasta hoy rechacé el proyecto formado de enlazarme al señor de Casanova; hoy lo acepto gustosa, pues conozco que si no me caso con él antes de quince dias, seré la mujer mas desgraciada del mundo.

SAND. Hija mia! Esa noticia me sorprende agradablemente, y tanto mas, cuanto que segun tus cartas, habia llegado á temer...

ELISA. El qué, padre mio?

SAND. Nada, nada; mejor es así.

MARIA. Y yo tengo que anunciarte que anoche puse en la calle, por razones que luego te diré, á D. Félix Martinez.

SAND. Celebro esa accion, y me complazco en escuchártela. Pero aquí está D. Zacarías. (*Que sale azorado.*) Dejadme con él, que tengo que hablarle. (*Se van los tres.*)

ESCENA X.

SANDOVAL, D. ZACARIAS.

ZAC. Que usted tiene que hablarme? Pues yo no vengo á otra cosa.

SAND. Vamos al asunto. Señor mio, voy á casar á mis hijos, y ya comprenderá usted que no pueden emparentar con ninguna familia honrada en tanto que usted posea ese fatal documento.

ZAC. Cómo?

SAND. Ya es tiempo de acabar. Fije usted mismo una suma razonable, y se la doy inmediatamente á cambio de...

ZAC. A cambio de... Vamos, señor de Sandoval, usted quiere chancearse.

SAND. Yo no me chanceo jamás, sobre todo en asuntos de esta especie.

ZAC. Pero esto es horrible. La inquisicion no inventó nada que se le parezca.

SAND. Basta, señor mio.

ZAC. Pero usted no sabe?...

SAND. El qué?

ZAC. Que yo ya no tengo el documento?

SAND. Que no lo tiene usted?

ZAC. Me lo ha robado un bribon, un infame!

SAND. Quién?

ZAC. Ese maldecido preceptor.

SAND. D. Eduardo! Y con qué objeto?

ZAC. Con el de desplumarme primero, y desplumar á usted tambien.

SAND. Oh! No puedo creer...

ZAC. Figúrese usted que me ofreció por el negocio veinte mil duros, pagaderos al dia siguiente de su boda con la señorita Elisa.

SAND. Con mi hija? Y cómo se ha dejado usted convencer?...

ZAC. Al mas pintado le hubiese pasado otro tanto, porque interrogué yo mismo á la niña, y efectivamente le amaba.

SAND. Qué dice usted?

ZAC. Por eso dí mi tesoro á cambio de una obligacion, y ese tunante se ha emborrachado ó ha fingido emborracharse... esa borrachera no acaba de convencerme á mí.

SAND Usted piensa que esa borrachera...

ZAC. Era fingida; pondria las manos en el fuego...

SAND. (Oh! empiezo á comprender.)

ZAC. Pero no es esto todo. Ha hecho además otras muchas picardías. Ha traido á esta casa á Julia.

SAND. A Julia?

ZAC. Una mujer perdida...

SAND. Y se ha atrevido...

ZAC. Sí señor, é hizo que llamasen á D. Félix delante de su esposa de usted; no quiso salir, y entonces Julia presentó á doña María una promesa de casamiento, firmada por D. Félix, y al ver esto, su señora, le plantó en la calle.

SAND. Siga usted.

ZAC. El señorito Luis, que amaba tambien á esa buena alhaja...

SAND Que mi hijo amaba á esa mujer?

ZAC. Sí señor, la amaba. Usted no lo sabia; pero es lo cierto que visitaba muy á menudo á esa señora. Pues bien; al saber la traicion de su amigo, su hijo de usted quiso batirse con él, y lo insultó.

SAND. Cielos!

ZAC. Pero ya no se batirá, porque D. Eduardo lo ha hecho por él esta mañana, hiriendo gravemente á su contrario. En fin, ha armado el ayo un laberinto tal, que nadie se entiende aquí.

SAND. Y cómo ha sabido usted todos esos pormenores?

ZAC. Por el mismo D. Eduardo, y ahora por D. Félix, que al ver que usted llegaba, me llamó, y me rogó que se lo contase todo.

SAND. Y con qué objeto?

ZAC. Pardiez, con el de que despida usted de su casa á un hombre tan perjudicial. Ya que nos ha jugado tan mala pasada, que sienta él al menos las consecuencias.

SAND. Hay que confesar que el tal D. Eduardo es un hombre abominable.

ZAC. Si es mucho peor que yo... mucho peor.

SAND. En fin, como quiera que sea, D. Eduardo me libra para siempre de la presencia de usted, y este es un servicio que con nada podré pagarle. Deme usted el pagaré que

le firmó, y tome usted esto. (*Una cartera.*)

ZAC. Es decir, que usted desea?...

SAND. Comprárselo á usted.

ZAC. Ahí está. (*Lo entrega.*)

SAND. Vea el contenído. (*Le da la cartera con billetes.*)

ZAC. (*Abriéndola.*) Billetes de Banco! Qué he hecho, Dios mio, para que me envies esta lluvia de oro? Crea usted que siento en el alma que de aquí en adelante sea con don Eduardo con quien tenga usted que entenderse para esa condenada letra.

SAND. Por lo que hace á ese, yo le prometo á usted tratarle como se merece. (*Llamando.*) Antonio! (*Sale.*) Acompaña á este caballero hasta la puerta...

ZAC. Ah! Sí... Usted quiere... ya estoy! Usted tiene la intencion de... no! Pues es que no puedo comprender una palabra.

SAND. Señor mio, hay una cosa que debiera usted haber comprendido ya, y es que le arrojo de mi casa.

ZAC. En cuanto á eso, lo he comprendido perfectamente, y tengo el honor... (Esta mina se ha agotado... ya descubriremos otra.) (*Sandoval, durante estos versos, habla al oido de Antonio, que marcha por la puerta que se fueron Luis y Elisa. Vase D. Zacarías.*)

ESCENA XI.

SANDOVAL, EDUARDO.

SAND. Ya se marchó ese hombre. Es preciso que yo averigüe si mis sospechas son fundadas.

EDUA. (*Saliendo.*) Antonio! Ah!... perdone usted; le llamo para que vaya á buscar un mozo que me lleve el equipaje...

SAND. Un momento. Parece que ya se le ha pasado á usted la embriaguez.

EDUA. Sí, me encuentro bastante mejor.

SAND. Ya me he enterado de todo lo que ha hecho usted durante mi ausencia. Ha introducido aquí una mujer perdida; ha tratado usted de enamorar á mi hija; se ha batido

en desafio con uno de los amigos de la casa; se ha embriagado usted; en fin, no hay escándalo ni esceso que usted no haya cometido.

EDUA. Y á qué recordar ahora?...

SAND. (*Impasible.*) Para decir á usted que le admiro y que me honro estrechando su mano. (*Cogiéndole una mano.*)

EDUA. Cómo! (*Sorprendido.*)

SAND. Todo lo he comprendido! Y pido á usted humildemente que me perdone.

EDUA. Señor Sandoval!...

SAND. Mi hija ama á usted, no es cierto?... Sí le ama... lo sé!... La ama usted tambien verdaderamente, amigo mio?

EDUA. Que si la amo! Ah, señor, con locura!

SAND. Ofrezco á usted su mano si la cree digna de darla su nombre; si cree usted poder entrar en una familia, cuyo jefe se deshonró en otro tiempo.

EDUA. Deshonrarse! Quién ha dicho eso? Quién puede probarlo? (*Saca la letra que le dió D. Zacarías y la rasga.*)

SAND. Tiene usted razon, Eduardo. Es una pesadilla que amargó mis dias por espacio de muchos años... Gracias, hijo mio, gracias!

EDUA. Yo esposo de Elisa! (*Con pasion.*) Es esto un sueño! Ah! si ella supiera cuántas luchas, cuántos combates he tenido que sostener para imponer la frialdad á mi rostro y el silencio á los latidos de mi corazon! Oh! qué feliz me siento. Yo, Eduardo, el calavera, el perdido! Voy á recobrar mi puesto entre los hombres honrados! Voy á entrar de nuevo en la sociedad, rehabilitado, regenerado, y podré caminar con la frente alta y la conciencia tranquila. (*Aparte, asaltado por una idea.*) Pero, ay de mí! ese abonaré pagadero al dia siguiente de mi matrimonio!) Señor de Sandoval, lo que usted me propone es imposible.

SAND. Por qué motivo?

EDUA. Le ruego á usted que no me lo pregunte.

SAND. Y si yo lo supiese?

EDUA. Usted?

SAND. Acaso sus deudas le aconsejan este paso. Una sobre todo; no es cierto?

EDUA. Sí señor, tengo deudas de suma importancia.

SAND. (*Dándole el abonaré de D. Zacarías.*) Quien podrá probarlo?

EDUA. Cómo! este documento en poder de usted? Ah! señor... (*Quiero besarle la mano.*)

SAND. No! en mis brazos, hijo mio!

ESCENA ULTIMA.

Los mismos; LUIS, MARIA, ELISA.

LOS TRES. Hijo suyo!

SAND. María, Luis; os presento al esposo de Elisa.

LUIS. Es posible!

ELISA. Ah! Dios mio!...

MARIA. (*Aparte á Sandoval.*) Cómo, Sandoval; un hombre que...

SAND. Que ha velado por tu honor; que arrojó de esta casa al que atentaba al mio; que ha hecho comprender á mis hijos la voz del deber.

MARIA. Y has reflexionado lo que el mundo dirá de ese enlace?

SAND. Esposa mia; hace tiempo que no me cuido de las murmuraciones del mundo. Yo sé que uniendo á Eduardo con Elisa obro como buen padre, haciéndola dichosa. (*A Eduardo.*) En Valladolid, en casa de mi mejor amigo, su padre de usted, celebraremos esta union, porque recobrada su salud y gestionado por mí su perdon, olvidará sus antiguos errores. (*A Elisa.*) ¿Y tú, hija mia, nada dices? No es de tu agrado este enlace?

ELISA. Sí, pero con una condicion.

TODOS. Cuál?

ELISA. Que no vuelva Eduardo á cometer ningun esceso.

EDUA. Se lo juro á usted; con el esceso de mi amor, me basta.

ELISA. Es que su vida pasada...

EDUA. No piense usted en lo que he sido;
piense solo en que seré
hombre honrado y buen marido,

si apoyo, indulgencia y fé (1)
encuentra El Arbol torcido.

FIN DE LA COMEDIA.

(1) Eduardo dice *apoyo* por Sandoval; *indulgencia* por el público, y *fé* por Elisa, dirigiendo su accion à los tres à medida que pronuncia la palabra.